

ARO SÁINZ DE LA MAZA EL VERDUGO DE GAUDÍ

Serie Milo Malart



Aro Sáinz de la Maza

El Verdugo de Gaudí

Serie Milo Malart

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Esta obra se publicó originalmente bajo el título *El asesino de La Pedrera*

© Aro Sáinz de la Maza, 2012

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: Cover Kitchen

Primera edición en Colección Booket: enero de 2020

Depósito legal: B. 25.097-2019

ISBN: 978-84-233-5667-6

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

1

Y saltó.

En el aire, su cuerpo no describía ningún arco prodigioso. Tampoco caía con bella elegancia. Como un fardo, se limitaba a precipitarse al vacío, desmadejado, agitando brazos y piernas como un pelele mientras se aproximaba con vertiginosa velocidad a las afiladas rocas del fondo. Entretanto, el mar, embravecido, estrellaba con saña sus olas contra el acantilado, y Milo Malart tuvo la impresión de que no le aguardaba precisamente para acogerlo en su seno, sino más bien con la indiferencia de recibir una nueva descarga de basura, otra más. Como al resto del mundo, al mar le traía sin cuidado su salto.

Un segundo, dos, y su cabeza reventaba por el impacto, salpicando de sangre la superficie húmeda de las rocas. Al instante, una poderosa ola barría el escenario y lo dejaba limpio de nuevo. La sangre efímera. La sangre de un inútil.

—Jodida vida —murmuró, abriendo los ojos.

Retrocedió un par de pasos.

Su móvil comenzó a sonar. Llevaba así todo el día. Como en las anteriores ocasiones, Milo no hizo ningún gesto para atender la llamada.

Cerca del abismo, observó la belleza del azul, cómo se retorció entre coronas blancas, su potencia hipnotizadora. Era un espectáculo que siempre, desde los tiempos de su infancia, cuando se situaba en el mismo lugar, le había conferido una energía inexplicable. Fuerza. Lucidez. Sin embargo hoy, subido a lo más alto de Punta Gran, allí donde la tramontana empujaba sus rachas con mayor ferocidad de todo el Alt Empordà, su ritual no surtía efecto.

Bloqueado, cerró los ojos de nuevo. El móvil dejó de sonar.

Debía ponerse en su piel, pensar y sentir como Marc. Y para ello, el método escogido daba igual: un salto al vacío, un disparo en la boca..., el resultado era el mismo. Fin de la partida. *Game over*. ¿Por qué lo había hecho? Le había cogido su HK, su arma como inspector del Grupo Especial de Homicidios, y se había volado los sesos. ¿Por qué? La pregunta le machacaba una y otra vez. ¿Por qué un adolescente de quince años decidía de pronto poner fin a sus días? ¿Realmente había llegado a la conclusión de que todo había terminado, de que no valía la pena continuar? Todo era un maldito despropósito.

De súbito, una ráfaga de viento le hizo trastabillar. Sin inmutarse, recuperó la vertical. Tampoco le hubiera importado precipitarse peñas abajo. *Tú sí tienes motivos, pero eres un cobarde*. Inspiró hondo. De nuevo, se obligó a ponerse en su piel.

Estoy en casa de Irene y Milo, en la sala. Ellos están en el dormitorio, discutiendo. Voy a coger su pistola. La ha dejado por descuido en el mueble junto a la puerta de entrada. Con ella en la mano me acerco a la ventana. Tengo la visión borrosa y solo percibo sombras más allá del cristal. Es la adrenalina. Noto la respiración acelerada, como el pulso. Me acerco el arma, mi mano tiembla. Sé lo que voy a hacer y estoy temblando. Soy el verdugo y la víctima en la misma persona. Por fin soy algo. Pero no basta. No hay esperanzas

para mí. *¿Por qué esperar? Oigo mis latidos. Es el último sonido, el que anuncia que la partida ha finalizado.*

El móvil volvió a sonar.

Me introduzco el cañón en la boca, y disparo. La detonación es seca. Ya está. El arma cae de mi mano y llega al suelo antes que mi cuerpo. La cabeza sale despedida hacia atrás por el impacto y yo, como una marioneta a quien le han cortado los hilos, me desplomo, sin vida, hasta caer de espaldas sobre el parquet. En las paredes, sangre. Sangre en el techo y los muebles. Sangre en el suelo, formando un charco por el torrente que surge, a borbotones, de la parte superior de mi cráneo.

Milo se llevó las manos al rostro. Tras oír el disparo, salió de la habitación y vio a Marc tirado en el suelo, como un muñeco roto. Pero su sangre no era la de un inútil. *Sin esperanzas.* Era joven, con el futuro a sus pies. *¿Por qué esperar?* Lo tenía todo, familia, oportunidades, pero nada le fue suficiente. *No me importa lo que tengo.* Irene chillaba y él, consciente de lo absurdo de su acto, le tomó el pulso. *Estoy cansado de disimular.* La cabeza destrozada y él le tomaba el pulso. De locos. *No soporto la vergüenza.* Para echarse a reír y no parar. *No soy nada.* Irene no cesaba con sus gritos y él permanecía quieto, arrodillado junto a su cadáver, incapaz de reaccionar. *Voy a daros una lección.* Un instante eterno, grotesco.

El móvil sonó otra vez. *No soporto la vergüenza.* Exasperado, Milo abrió el teléfono.

—¿Qué? —gritó.

—¿Dónde estás? ¡Llevo todo el día intentando dar contigo! —exclamó Susana Cabot, jueza de instrucción de Barcelona. Una buena amiga, antigua amante, y un halcón en su trabajo—. Dime, ¿dónde diablos estás?

—En el cementerio, visitando a Marc. ¿Y por qué tengo que darte explicaciones? Estoy expedientado, ¿recuerdas? De vacaciones forzosas. Puedo hacer lo que me dé la gana.

Susana Cabot guardó unos instantes de silencio. Al cabo, soltó:

—A mí no me vendas motos, ¿acaso tu sobrino está enterrado en un túnel de viento?

Milo hizo una mueca. A la jueza era difícil colarle una trola. Haciendo pantalla con la mano sobre el móvil para evitar el ruido de la tramontana, reconoció:

—Vale, iba a ir a Montjuïc, pero me he escapado a Port de la Selva. Iré luego.

—Eso está bien, hay que reconciliarse con los muertos.

—Y ahora que cuento con tu aprobación, ¿podríamos dejar para otro rato esta charla? Me pillas en un mal momento. Te llamo más tarde, o mejor mañana...

—No —interrumpió ella—, te necesito en Barcelona, ahora mismo. ¿No has leído la prensa, visto las noticias?

—De algo me he enterado a pesar de mi retiro. —Se apretó el puente de la nariz—. Te refieres a lo de La Pedrera, a lo ocurrido hace unos días.

—Cuatro días, Milo. La madrugada del sábado al domingo 4 de julio. Han transcurrido ya cuatro días y nadie del Departamento de Homicidios tiene la menor idea de quién puede haber llevado a cabo esa atrocidad. Estamos en blanco, y la ciudad entera está a punto de arder. Ni te imaginas las presiones que estoy soportando.

—¿Arder? Curiosa asociación de ideas.

—Inspector Malart, no es momento para sarcasmos. Te hablo como jueza. Dime lo que sabes del asunto.

Milo intentó hacer memoria. Un hombre había aparecido colgado en la fachada de la Casa Milà, conocida también como La Pedrera, en pleno paseo de Gracia. El asesino había utilizado cable de acero para atarle por las muñecas, lo había suspendido desde el balcón del primer piso y luego le había prendido fuego. Cuando llegaron los bomberos, la víctima ya estaba calcinada.

—Si no recuerdo mal, fue identificado como un alto

cargo de La Caixa, un *exconseller*, creo que de Cultura; un tipo que sonaba en las quinielas como alcaldable. No me acuerdo de su nombre. Hay que reconocer que el asesino tuvo valor para...

—Sí, en el centro, en la mismísima milla de oro de Barcelona, y en un edificio de Gaudí. Es demencial. ¿Quién puede haber hecho una cosa así? Algún chiflado, sin duda. Nadie en su sano juicio se tomaría tantas molestias para matar a un ser humano.

—O todo lo contrario. ¿Sabéis ya cómo se las ingenió para colgar el cuerpo?

—Lo sabemos, hizo una actuación para nosotros ante las cámaras de vigilancia. Lo registraron mientras se subía a la acera con un vehículo de esos con plataforma elevadora que utilizan los de Parques y Jardines para podar los árboles. Algún imbécil lo dejó aparcado a pocas manzanas. El asesino le hizo un puente, lo condujo hasta La Pedrera, y lo situó bajo la terraza escogida. Después, subió la víctima a la plataforma, la alzó hasta el primer piso, y la colgó en el forjado del balcón. Acto seguido, la regó con líquido inflamable, se entretuvo con ella unos segundos, algo que nos desconcertó en un principio, y luego bajó. Una vez en la acera, encendió un mechero Zippo y se lo lanzó. El cuerpo ardió como una tea.

—Mala muerte. ¿La víctima estaba drogada?

—Lo desconocemos, el fuego eliminó todos los fluidos del cuerpo. Lo que los forenses sí han podido concluir es que estaba viva antes de arder.

Milo desvió la vista hacia el mar. Un instante y distinguió no muy lejos un ave, probablemente un cormorán, flotando sobre los vaivenes de las olas. Desplegaba las alas, como intentando alzar el vuelo, y luego las volvía a replegar.

—Si tenéis la grabación de las cámaras, sabréis su aspecto.

—Diestro, de compleción atlética, alrededor de setenta kilos y una altura que ronda el metro ochenta. Vestía como un motorista, de negro de pies a cabeza: guantes, mono, botas de suela gruesa y casco con visor tintado, lo que nos impide precisar con certeza que se trate de un varón; pero por su forma de correr suponemos que es un hombre. Su edad es también imprecisa, entre veinte y cuarenta años. Lo que no ignoramos es que, además de sangre fría, tiene un especial sentido del humor. Saludó a la cámara, o se despidió, agitando una mano.

Milo clavó los ojos en el cormorán. Seguía moviendo las alas sin lograr despegar. Con las plumas empapadas, lo vio debatirse sobre el mar de fondo, sacudir el cuello.

—¿Y qué hizo con el vehículo? —preguntó.

—Lo condujo hasta la esquina de arriba y lo abandonó. Las cámaras lo perdieron mientras cruzaba el paseo a la carrera y supusimos lo más lógico: que se había subido a algún vehículo propio para largarse de allí.

—¿Pero?

—El tipo regresó, se situó en el chaflán de enfrente, según dedujimos por el ángulo de grabación, y se dedicó a filmar la agonía de la víctima desde la distancia.

—Y esto lo sabéis porque la filmación de marras ha aparecido.

—En internet. Intentamos detener su difusión, pero llegamos tarde; las cadenas de televisión ya se la habían bajado y la han reproducido hasta la saciedad, ¿no la has visto? El muy cabrón, cuando se entretuvo con la víctima antes de descender, resulta que la estaba filmando en primer plano. Y luego, siguió grabando hasta la llegada de los bomberos. ¿Entiendes ahora por qué es tan urgente que regreses hoy mismo y nos ayudes en este caso?

No respondió. Seguía inmóvil, atento al cormorán. El ave continuaba pugnando por levantar el vuelo y conjetu-

ró que debía de tener una pata trabada en algún sedal o trozo de red.

Trabado. Marc. ¿Con qué?

—¿Milo, estás ahí? ¡Solo oigo el puñetero viento!
¿Milo?

—Aquí estoy, no me he dormido.

—No entiendo cómo aguantas ese ventarrón, dicen que trastorna.

—Ya no viene de ahí —dijo, distraído—. ¿Instruyes tú el caso?

—Me cogió de guardia —respondió la jueza—. En días como estos me hubiera gustado no haber dejado Menores. Maldita sea mil veces mi mala suerte.

—La suerte depende de uno mismo —citó sin darse cuenta.

—¿Cómo dices?

—¿Testigos?

—A docenas. Pero salvo un par, inservibles. Ocurrió a las 5.40 de la madrugada y ya sabes la fauna que circula a esas horas por la ciudad. Borrachos, colgados...

—Susana, no puedo volver. Estoy suspendido de empleo y sueldo y a la espera de juicio. Me han retirado el arma y la placa, y no cuento con muchos amigos en el Cuerpo.

—¿Y eso te importa? ¿Desde cuándo?

—Te digo que no puedo. Estoy... digamos que reinventándome. Debo solucionar un tema personal y...

—¡Eres un bastardo egoísta, me tienes harta con tus rarezas! ¡Te pido colaboración y me sales con paridas! ¡Reinventándote! ¿Se puede saber qué coño es eso? Me parto la cara moviendo hilos para resolver tu suspensión, ¿y así me lo pagas? ¿Soltándome recetas de tus libros de autoayuda?

Sorprendido por aquel estallido de rabia, aguardó a que Susana recuperara la calma.

—Mira, inspector Malart...

—¿Vuelves a hablarme como jueza?

—Como jueza y como amiga. Hay un detalle del caso que no ha trascendido. Antes de quemarlo vivo, el asesino lo tuvo encerrado cinco días; y durante ese periodo de tiempo, lo mantuvo... sin comer, sin beber. Es la conclusión a la que han llegado los forenses. Cinco días. Un ser humano puede aguantar semanas sin comer; pero sin ingerir líquidos, no resiste más de cuatro días, cinco a lo sumo. Y lo retuvo en esas condiciones justo cinco días. ¿Entiendes lo que te digo? La víctima fue torturada de forma limpia, sin marcas ni violencia. El asesino tomó asiento, se dedicó a esperar, y la dejó morir de sed. Y cuando la tuvo a punto, debilitada hasta el límite de la resistencia humana, la colgó en una de las joyas arquitectónicas de la ciudad y la quemó viva. Nos las tenemos con un sádico, Milo, con un maldito sádico.

—¿Y el móvil?

—Estamos a oscuras. Eduard Pinto, la víctima, está más limpio que una patena. Hemos repasado su vida profesional y personal de arriba abajo y nada. Casado, dos hijos, sin amantes ni escándalos, de economía más que adinerada..., un santo varón. No se le conocen vicios ni debilidades. Nada de nada. Y su entorno solo habla maravillas de él.

—Cuesta de creer, no sería de este mundo. ¿Habéis indagado en su ámbito político?

—Por supuesto. Pero nadie le hace algo así a un rival, no tiene sentido.

—¿Me estás diciendo que valoráis la posibilidad de que fuera elegido al azar?

La jueza dejó transcurrir unos segundos antes de responder.

—Por ahora —dijo, la voz contenida—, lo descartamos. Nadie quiere ni plantearse que podamos encontrar-

nos ante un oportunista. Que lo vuelva a repetir es... es impensable.

—Ya veo, tienes las manos atadas. Alguien de Interior se ha puesto muy nervioso y ni hablar de llevar a cabo un discreto despliegue por otros edificios de Gaudí. Y menos, a tres semanas de la visita del Papa. ¿Ando muy equivocado?

—Milo, estamos en plena temporada. No podemos rodear de agentes las principales atracciones turísticas de Barcelona. ¡Si solo la Sagrada Familia atrae a más de dos millones y medio de turistas! ¿Te imaginas lo que supondría para la imagen de la ciudad ese discreto despliegue del que hablas? El daño, a ojos del mundo, sería irreparable.

Milo se mordió los labios para no decir lo que opinaba sobre aquello.

—Tiene que haber algo en el expediente de Eduard Pinto —prosiguió la jueza—, algo que de momento no hemos sabido encontrar, que justifique un asesinato tan cruel.

—¿Por qué hacemos las cosas? Es la pregunta del millón. No siempre hay respuesta.

—No —insistió ella—, coincido con los responsables de la investigación. Se trata de un caso aislado, de un ajuste de cuentas. El problema es que no damos con la clave que nos lleve al asesino. Y ahí es donde me haces falta. Necesito tu cabeza, tu maldita parabólica.

—O sea, a alguien con mentalidad demente para que atrape a otro demente.

—No, para que investigues lo que a otros inspectores les pueda haber pasado por alto.

—¿Bromeas? Sería como echarme de cabeza a los lobos.

—Como si es al circo romano. Es tu problema, no el mío. ¿Te preocupa tu reputación?

—Siempre he admirado tu sutilidad a la hora de manejar situaciones, jueza.

—Déjate de sarcasmos. La gente tiene que saber que podemos detener a ese tipo o será el caos —declaró ella con firmeza—. Por eso necesito disponer de los mejores inspectores. Y tú eres uno de ellos, uno con un talento muy especial; el único al que no le importa llegar hasta el final sean cuales sean las consecuencias.

—El único lo suficientemente idiota.

Al otro lado de la línea oyó un bufido de impaciencia.

—Hace tres años tu intervención fue clave para resolver el caso de la Asesina de Gracia; y un año después, en contra de todos los que creían tener al sospechoso principal, señalaste al verdadero Asesino del Parking. De idiota, nada.

—Pura chiripa.

—Te avalan los hechos. Sabes unir los puntos, cazar detalles que a otros les pasan desapercibidos. Ves con claridad el lado oscuro de la gente y, en este caso, aunque luego me tenga que comer con patatas mis palabras, nos puede beneficiar contar con alguien que no crea en el ser humano. Sí, tus métodos son poco ortodoxos, ¿y qué? Funcionan. Es lo que hay. La presión de los medios va a ser salvaje, como ya lo está siendo la de la clase política. Las elecciones de septiembre están a un paso y ya ha empezado el baile de sillas. Y lo siento, pero no confío al cien por cien en el actual equipo de investigación. Las medallas, ahora, no deben ser el aliciente. Por eso creo que tú eres el hombre indicado. A ti no te gusta la política y sé, no me lo vas a negar, que te encanta este trabajo del demonio.

—Ahora sí que me he dormido, señorita.

—¡Por Dios, corta ya ese rollo del sarcasmo!

Milo apartó el teléfono y volvió a fijar la vista en el cormorán. Permanecía quieto, alejándose poco a poco, impulsado por la fuerza del oleaje. Recuperando las fuerzas.

Se acercó de nuevo el móvil. Lo protegió del viento con la otra mano y dijo:

—Me gustaría saber dos cosas. La primera, quién está al mando del caso; y la segunda, qué hilos son esos que dices que has movido.

—Empezaré por la última. Después de un duro tira y afloja, el comisario jefe Bastos accede a retirar temporalmente tu suspensión; solo pone dos condiciones. Y sobre lo otro, es una mala noticia: el caso lo lleva el inspector jefe Singla, creo que sois uña y carne.

—Sí, en nuestro último encuentro acabó con el pómullo fracturado. —Hizo una pausa—. Susana, nada de todo esto va a salir bien.

—Solo te pido tu sombrero par de ojos en la investigación, no que te cases con él.

—¿Y cuáles son esas dos condiciones? Intuyo que no me van a gustar.

La jueza se aclaró la garganta, tomó aire, y contestó:

—Una: te someterás a tratamiento psicológico durante un periodo no especificado. Y dos: tendrás un canguro en tu investigación, te acompañará alguien del Grupo. Si accedes a ambas condiciones, tu suspensión será congelada hasta el juicio y recuperarás de inmediato la placa y el arma, así como el sueldo. Pero el comisario jefe Bastos ha sido muy tajante al respecto: a la primera que te desmandes, fuera. Y esta vez, de forma definitiva.

—Por eso me pone a un canguro, para controlar mis pasos, y a un loquero, para que haga otro tanto con mi cabeza.

—Lo vas entendiendo. Te espero en mi despacho esta noche a las nueve en punto. Y oye, no te reinventes mucho; no me gustaría que te estropearas.

—Mejor por la mañana, señoría. A la misma hora. Y una última cosa: doy por sentado que tendré absoluta libertad de movimiento, ¿será así?

—Sin problemas.

Milo cortó la comunicación.

En el acto, se arrepintió de haber aceptado. No tenía ningunas ganas de regresar al Grupo. De volver a sentirse un bicho raro. De soportar los comentarios soterrados, las miradas de soslayo. Sacudió la cabeza. La jueza estaba equivocada. No le gustaba aquel trabajo, ni lo que le obligaba a revivir una y otra vez; las sombras, los temores a traspasar la fina línea de la cordura. Pero ya estaba harto de permanecer en el dique seco, dedicándose a matar el tiempo y poco más. Dos meses desorientado, con aquella odiosa sensación de aislamiento, eran más que suficientes. Echaba de menos la actividad, saberse útil. Un sentido que dar al paso de las horas. Por no hablar del sueldo. Necesitaba el dinero.

Cabeceando con desgana, buscó el ave con la mirada. Había desaparecido. Hizo visera con la mano para tratar de divisarla. Ni rastro. ¿Se había rendido, logrado levantar el vuelo? ¿Realmente la había visto o solo habían sido figuraciones suyas? Dio un paso hasta situarse de nuevo en la linde del acantilado.

Miró hacia abajo y contempló las aristas de las rocas, sus cantos como cuchillos. Sí, a falta de un arma, serían tan letales como un disparo en la boca. La cabeza reventada. Marc no pudo librarse de lo que le había trabado y eligió una opción. Detrás de su indiferencia latía el sinsentido, la frustración. Y él no lo supo ver. No supo descorrer las cortinas y atisbar en su interior. Fue tan invisible para él como para todos. Y le falló. Maldita invisibilidad.

No soporto la vergüenza.

Comenzó a sentir vértigo. Ya no estaba tan seguro de querer saber las respuestas. Con un nudo en la garganta, se dijo que a él también le estaba trabando algo. Si no se libraba de aquella ligazón, acabaría en el fondo. Debía averiguar qué le había empujado a volarse la tapa de los

sesos. O quién. Dio media vuelta y descendió del promontorio.

Se subió al viejo y abollado Volkswagen y arrancó. Condujo por la sinuosa carretera que bordeaba la costa y atravesó el pueblo. Luego, aceleró hacia la autopista. Una vez en la vía rápida, ocupó el tercer carril. A lo lejos vislumbró la silueta del hospital psiquiátrico donde tuvo que ingresar a su padre. Contrajo las mandíbulas y pisó el gas con fuerza. El tráfico en dirección norte iba cargado, en contraste con el casi inexistente de los que se dirigían, como él, hacia el sur. Avanzó con rapidez mientras caía el atardecer. Medio aletargado por el zumbido del motor, circuló con la impresión de resbalar por un inmenso y suave tobogán que lo conducía a la ciudad.

Más adelante, después de pagar en el segundo de los dos peajes, distinguió en el cielo unas alargadas nubes teñidas de rojos y calabazas. Y debajo, inflados por el aplastante calor húmedo, unos negros y densos nubarrones de polución que permanecían suspendidos sobre la urbe. Fluyendo hacia la oscuridad, tuvo de pronto la extraña sensación de que se adentraba por la boca abierta de un enorme animal salvaje. Una boca de pesadilla.

Sacudió la cabeza y siguió avanzando. Solo era Barcelona.

Aparcó en el paso de peatones, justo en la esquina de paseo de Gracia con Provenza, y bajó del coche. A aquellas horas la gente todavía inundaba de forma masiva las aceras. Echó un vistazo y, por las vestimentas, distinguió que la mayoría eran turistas. Bermudas, calcetines y sandalias, y faldas cortas y chanclas. Todos con cámara en ristre, curioseaban las lujosas tiendas, señalaban los escaparates y sorteaban los distintos mendigos que salían a su encuentro con la mano extendida. Por contra, resultaba fácil

identificar a los residentes de la ciudad; pocos, para su sorpresa. Sin hacer caso de las tiendas, mantenían la mirada fija al frente o bien caminaban con los ojos clavados en el suelo, como avergonzados por su palidez extrema, casi enfermiza, en contraste con la piel roja, quemada por el sol, de los foráneos.

Cruzó el lateral de la calzada y se situó ante la Casa Milà.

De un vistazo comprobó que no quedaban rastros del suceso. Ni cintas balizadoras de la policía ni marcadores de la Científica, ni siquiera las huellas del fuego en la pared bajo el balcón del primer piso. El turismo era una de las primeras fuentes de ingresos de la ciudad y había que mirarlo, no asustarlo. La gente, entre risas y exclamaciones de admiración, desfilaba por el mismo lugar donde había ardido vivo Eduard Pinto. Algunos sacaban fotos.

Milo se encogió de hombros. Él no estaba allí para juzgar, sino para trabajar.

A fin de tener mejor perspectiva, atravesó la calzada central del paseo y se alejó hasta situarse en la esquina opuesta. Desde allí, elevó la vista y, una vez más, se asombró por la belleza de la insólita construcción. Majestuosa, única, excepcional. Una de las obras más emblemáticas, personales e imaginativas de Antoni Gaudí. «La manifestación atormentada de un alma catalana», recordó que dijo Dalí sobre el edificio escultura.

Contempló las cinco plantas, las ondulaciones de la fachada. Parecía como si una fuerza mágica diera forma a aquel bloque enorme, imprimiéndole movimiento. Todo en aquel edificio semejaba fluir, desde los hierros forjados de los balcones, simulando raíces, flores y plantas trepadoras, hasta las superficies redondeadas que huían de la línea recta. En la azotea sobresalían las chimeneas; por la combinación de los sifones con los cascos que las coronaban, se asemejaban a soldados embozados, con yelmos.

Sus rostros estaban perforados de tal manera que producían el fantasmal efecto de tener las cuencas negras, sin ojos.

Bajó la vista al balcón del primer piso, situado en el lateral que daba al paseo de Gracia, justo al romper la esquina. Unos árboles le tapaban en parte la visión y tuvo que desplazarse varias veces, sin éxito, para lograr verlo sin obstáculos. Se sintió desconcertado. A falta de comprobarlo en la comisaría, se encontraba más o menos en la misma posición que el asesino cuando grabó a su víctima. Entonces, *¿por qué la colgó allí?* Las ramas interferían parcialmente, y hubiera sido más sencillo colgarla en la fachada al disponer la acera de más espacio donde estacionar el vehículo de Parques y Jardines. Si lo que pretendía el asesino era causar la máxima repercusión al filmar la agonía de Eduard Pinto, ¿por qué había elegido un balcón lateral con la visión reducida desde el otro lado del paseo a causa de los árboles?

Negó con un gesto. Aquello no tenía sentido. Se preguntó qué había tras ese balcón.

Con el semáforo en rojo, cruzó el paseo y se dirigió hasta la enorme verja de hierro de la entrada. Asíó el tirador. Cerrada. Pegó la cara al cristal para escudriñar si algún vigilante se hallaba en el vestíbulo. Nadie. Reprimiendo un gesto de frustración, leyó en un letrero que el horario de visitas había finalizado. Tendría que esperar a las nueve de la mañana.

Retrocedió unos pasos hasta situarse en el vértice de la esquina. Miró a su izquierda, hacia el balcón del primer piso que daba al lateral del paseo, y luego al frente, al balcón de la fachada. Gracias a la tenue iluminación interior, y a la ausencia de persianas, observó que ambos ocupaban el mismo espacio. Desde su posición, no atisbó paredes ni tabiques, solo columnas bajo un techo que imitaba, en yeso, la superficie del mar rizada por el viento.

Sonó la estridente sirena de una ambulancia y, en un acto reflejo, giró la cabeza.

—¡Pero qué...! —exclamó, acercándose en dos zancadas hasta el Volkswagen.

Junto al vehículo, un guardia urbano, mientras la sirena se desvanecía en la distancia, terminaba de colocar una multa por aparcamiento indebido en el limpiaparabrisas.

—Agente, soy inspector del Grupo de Homicidios y he aparcado aquí para realizar una comprobación en el edificio —explicó Milo, echando mano al bolsillo para extraer la placa. Maldijo para sus adentros—. Verá, ahora no llevo la documentación encima pero...

El urbano lo miró de arriba abajo con desconfianza. Observó su barba de varios días, las ojeras, la camiseta arrugada, las deportivas tan gastadas como los vaqueros.

—No se puede estacionar en un paso de peatones —dijo.

—Lo sé, pero solo ha sido un momento. Estoy de servicio. Hace unos días se cometió un crimen en este lugar, ¿está al corriente? —El agente asintió con una mueca—. Pues bien, acabo de sumarme a la investigación y sí, no llevo la placa conmigo, pero venía a...

—No insista. —Guardó el talonario y se subió a la moto—. Solo cumplo con mi deber.

—Ya, con el dichoso cupo. ¿Podría decirme al menos qué hay en el primer piso?

—¿Y cómo quiere que lo sepa? Yo soy guardia urbano, no guía turístico.

Milo se sintió tentado de replicar, pero contuvo el impulso y se limitó a contemplar cómo ponía la moto en marcha y se alejaba. Retiró la multa. Un instante y subió al coche, la guardó en la guantera, junto a las otras, y arrancó. Se dirigió a la Barceloneta, el barrio donde vivía desde hacía un par de meses. Una vez allí, circuló con lentitud debido a la masa de gente que iba o venía de la playa,

aunque hoy en menor número, cosa que volvió a extrañarle. Dobló por Almirante Cervera hasta llegar a un viejo almacén en la esquina de la calle Atlántida. Allí, entre tablas de surf y bicicletas de alquiler, le dejaban aparcar el coche.

Se apeó del vehículo y salió al pegajoso calor húmedo. Se internó por unas callejuelas hasta llegar a una taberna grasienta e inmunda. Nada más entrar, le golpeó el tufo agobiante a sudor, vino barato y fritangas. El local estaba hasta los topes y ocupó un reducido espacio al principio de la barra. En lo alto del otro extremo, un televisor immaculado atraía las miradas de todos los parroquianos. Misterio resuelto, ya sabía dónde se había metido la gente. Viendo un partido de fútbol. Hizo una seña al viejo de detrás de la barra y le pidió lo de siempre.

—¿No puedes esperar? Jugamos contra Alemania —señaló el monitor—, la semifinal.

Milo negó con un gesto. Refunfuñando, el hombre preparó varios platos sin apartar los ojos del televisor. Al cabo, le puso delante la ensaladilla rusa, los pescaditos fritos y el pan con tomate, y le sirvió un vaso de vino tinto. Milo se inclinó sobre la cena y empezó a tragar sin apenas masticar. Con el calor no tenía hambre y comía por obligación, para llenar el depósito. Dudó un instante con el vino. La herencia genética era un rival demasiado fuerte y el alcohol podía precipitar las cosas. Bebió un par de sorbos y terminó los platos. Indicó al dueño que se lo anotara en la cuenta. El hombre ya se dirigía hacia él con gesto iracundo cuando los parroquianos estallaron en un grito de júbilo. El viejo apretó los puños.

Milo llegó al portal. Entró en la escalera, dio al interruptor de la luz, y subió a oscuras las cuatro plantas hasta llegar al ático que le habían prestado. En el pequeño piso, fue directo a la nevera. Tras alcanzar una lata de tónica, salió a la terraza, donde se dejó caer sobre la única

tumbona. Cansado, cerró los ojos mientras apoyaba la lata helada sobre la frente.

—Jodida vida —murmuró.

No quiso quedarse dormido para no soñar. Para no tener que soñar.